

además de despedir al embajador Cellamare, hizo prender al duque y duquesa del Maine, al de Villeroi, ayo del rey Luis XV, al cardenal de Polignac, y á otros varios personajes que en ella habían estado. Felipe V hizo á su vez salir de España al embajador francés Saint-Agnan. Todos eran síntomas y anuncios de próximo rompimiento, y sobre los preparativos de guerra que se observaban en Francia, hizo Felipe una declaración ó manifiesto (25 de diciembre, 1718), que parecía mas bien un llamamiento á los oficiales y soldados franceses, puesto que ofrecía, cuando se presentaran en sus fronteras, recibirlos con los brazos abiertos como buenos amigos y aliados. «Daré (decía) á los oficiales empleos proporcionados á su graduación; incorporaré los soldados con mis tropas, y me alegraré de emplear (si fuese necesario) mis rentas en su favor, á fin de que todos juntos, españoles y franceses, peleen unidos contra los enemigos comunes de las dos naciones (1).» Estos papeles no podían detener ya el curso natural de las cosas. El consejo de regencia de Francia condenó el manifiesto del rey de España por sedicioso; y por fin el 9 de enero de 1719, se declaró solemnemente la guerra á España, con una larga exposición de los motivos del rompimiento, de las causas que habían producido la cuádruple alianza, y de los cargos que, no á la persona del rey, sino al gobierno español se hacían: porque en estos papeles tratabábase á ambos monarcas con toda consideración y respeto; las acusaciones duras se lanzaban de la una parte contra el duque regente, de la otra contra el cardenal Alberoni. A esta declaración de guerra contestó todavía Felipe con una extensa explicación de los motivos que había tenido para oponerse al tratado de alianza entre el rey de Inglaterra y el duque de Orleans (20 de febrero, 1719), que era una reseña histórica de todo lo acontecido desde la guerra de sucesión, y un resumen de todas las quejas antes en varias ocasiones y en varias formas emitidas. Mas ya no era tiempo de ejercitar la pluma, sino de embrazar las armas.

Antes de entrar en los movimientos y operaciones de esta guerra, necesitamos decir lo que habían hecho las tropas españolas que dejamos en Sicilia.

Las circunstancias habían variado mucho, y no podían los españoles proseguir la conquista con la rapidez y facilidad con que la habían comenzado; porque sobre la pérdida de nuestra escuadra, y el estorbo que les hacía la escuadra inglesa, llegaban y desembarcaban continuamente refuerzos de tropas alemanas protegidas por los ingleses, sin que á los nuestros les pudiera ir mas socorro que el que podía llevarles tal cual nave ligera que lograba arribar entre mil peligros. A pesar de todo, el ejército español sostuvo la lucha con una firmeza admirable. La ciudadela de Mesina sufrió terribles ataques durante todo el mes de setiembre (1718); hubo combates sangrientos entre españoles, piemonteses, ingleses y austriacos, en medio de los cuales los españoles iban siempre avanzando y tomando fuertes, hasta que al fin rindieron la ciudadela (30 de setiembre), bajo la condición de salir libre la guarnición, que se componía de tres mil quinientos hombres.

Duñeo ya de Mesina el marqués de Ledesma, partió con varios regimientos á Melazzo, donde había llegado un cuerpo de ocho mil alemanes al mando del general Carrafa. En la lengua de tierra que hace el promontorio de Melazzo hubo una recia y formal batalla (15 de octubre, 1718) entre austriacos y españoles, en que, después de muchos choques sangrientos, murieron de los nuestros mas de mil soldados, de los alemanes mas de tres mil, lo cual dió gran crédito á las armas españolas en Sicilia, y fué grandemente celebrado en Madrid. Mas como después se reforzaban los imperiales hasta el número de diez y seis mil peones y dos mil jinetes, y aquella guerra nos estuviese consumiendo inmensas sumas, sin medio de reponer las bajas que allí teníamos, ordenó Alberoni al de Ledesma que cuidara mucho de conservar aquellas tropas, y no exponerlas sino en caso preciso á una acción general. Así que, tanto por aquella parte como por la de Trápani y Siracusa, se redujo nuestro ejército al sistema del bloqueo y cir-

(1) Dado en el Pardo, á 25 de diciembre.—Belando, part. IV, capítulo 32.

cunvalación de estas dos plazas, y á permanecer encerrados en las otras (2).

Influyó también en esta determinación que Víctor Amadeo, visto el cambio ocurrido en la política de Europa, se adhirió por fin á la cuádruple alianza, conviniendo en ceder al emperador el reino de Sicilia, y conformándose con recibir como equivalente el de Cerdeña, del cual fué reconocido en Viena como rey (5 de noviembre, 1718). Con cuyo motivo dió orden á los gobernadores de las plazas ocupadas todavía por sus tropas para que recibiesen guarniciones austriacas; y el emperador, libre entonces de la guerra de Turquía, pudo enviar á Sicilia cuantos refuerzos le eran menester.

En tal estado sobrevino la declaración de guerra de la Francia, y España se encontró teniendo que luchar sola contra tres naciones tan poderosas como Inglaterra, Francia y el Imperio, además del duque de Saboya, y sin esperanza de divertirse por el Norte al enemigo, á causa de haber fallecido el rey Carlos XII de Suecia, con cuya cooperación contra el austriaco y el inglés había contado. A pesar de esto no desfalleció el ánimo altivo y emprendedor de Alberoni. El duque regente de Francia había nombrado general en jefe del ejército que debía invadir la España al duque de Berwick, por haberse negado á tomar el mando el mariscal de Villars á quien se le ofreció antes. Aceptó Berwick, aunque de mala gana y obligado á ello, ya por haber hecho antes la guerra en España en defensa del rey don Felipe contra ingleses y austriacos, ya por el carácter de grande de España que tenía como duque de Liria, ya por tener á su hijo primogénito casado con la hermana del duque de Veraguas. El plan del regente era atacar á Fuenterrabía, lo cual le abría el camino de Vizcaya, sobre cuyos puertos tenía él designios ulteriores, y no quiso que le ayudaran á esto los ingleses, dejándoles que atacaran á España por otro lado.

Discurrió Alberoni que la mejor manera de contener á los ingleses sería llevarles la guerra á su propia casa. Vínole bien para ello la invitación que de Roma se le hizo para que trajese á España al rey Jacobo. Vino en efecto el proscrito príncipe inglés, mientras de Milan participaban á las cortes de Londres, de Viena y de París que tenían allí preso al pretendiente, el cual se hallaba ya en Madrid recibiendo las mayores demostraciones de afecto y amistad de Felipe V y su gobierno: que el preso de Milan era uno que de industria había sido enviado allí con ciertas engañosas apariencias y cierto disfraz que le hacía sospechoso de ser el destronado Stuardo (febrero, 1719). Llamó Jacobo é hizo venir de Francia al duque de Ormond que se hallaba refugiado en aquel reino, y cuya desaparición alarmó á los aliados, principalmente al rey Jorge de Inglaterra, que pregonó y puso á talla la cabeza del duque, ofreciendo diez mil libras esterlinas al que le entregara vivo ó muerto. No se contentó Alberoni con dar celos á la Gran Bretaña. Su plan era enviar una expedición naval á Escocia, donde Jacobo tenía muchos partidarios. Al efecto dispuso que una flota que él había preparado en Cádiz pasase á la Coruña (10 de marzo, 1719), á unirse con las demás naves que en los puertos de Galicia tenía dispuestas, y allá partió también el duque de Ormond desde Bilbao.

Esta flota había de ir mandada por el entendido y práctico don Baltasar de Guevara; destinábanse á esta empresa cinco mil soldados, muchos de ellos irlandeses y escoceses del partido jacobita, que llevaban armamento para treinta mil hombres. Con razón resistía Guevara la salida, por los riesgos que podía correr la flota en aquella estación y en aquellos mares: obedeció sin embargo, pero la fatalidad justificó pronto la previsión y los temores del ilustre marino. Una borrasca que se levantó en el cabo de Finisterre, y que duró diez días, deshizo la flota en términos, que divididas las naves, cuatro entraron en Lisboa, ocho volvieron á Cádiz, las demás á Vigo y á otros puertos de Galicia. fracasaron algunos navíos, y de los barcos de transporte pocos pudieron servir. Solo una parte

(2) Belando, Historia civil, part. II, caps. 44 á 50.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Relación de los progresos de las armas españolas en el reino de Sicilia delante de Melazzo: impresa en seis fojas, con un catálogo nominal de los muertos, heridos y prisioneros.

de la escuadra, con mil hombres, los mas de ellos católicos irlandeses, y tres mil fusiles para armar paisanos, llegó á desembarcar en Escocia (abril, 1719); escasísima fuerza para encender allí la guerra civil, y menos para sostenerse contra un monarca poderoso y prevenido. Así fué que solo se les agregaron dos mil paisanos, con los cuales se apoderaron de un castillo, aguardando los demás para levantarse la llegada de mayores fuerzas. Pero estas no podían llegar; y marchando luego tropas inglesas á sofocar aquella rebelión, protegido además el rey Jorge por los aliados, y hasta por los holandeses, que también se movieron en esta ocasión, pronto dieron cuenta, así de los expedicionarios como de los paisanos rebeldes; y si bien muchos lograron salvarse con los cabos principales, otros quedaron prisioneros, y fueron llevados en triunfo á Londres. Tal fué el desgraciado éxito de esta malhadada expedición, dispuesta por Alberoni á costa de los caudales de España (1).

Todavía con las naves que se salvaron en Galicia salió el duque de Ormond de los puertos de Vigo y Pontevedra con intento de sublevar la Bretaña francesa, donde se contaban muchos descontentos del gobierno del duque de Orleans, y no había faltado quien se ofreciera á ser jefe de la sedición. Mas ó no hubo valor para rebelarse, ó faltaron cabos que la alentarán, y como la mayor parte de la nobleza se mantuviera fiel al regente, quedó también frustrado el objeto y desvanecidas las esperanzas que se habían fundado en esta expedición (2).

Contribuyó á este resultado la circunstancia de que don Blas de Loyá, encargado de salir de los puertos de Santander y Laredo con dos navíos cargados de armas y patentes para los bretones que habían de sublevarse, correspondió á la fama de cobarde que ya para con sus tropas tenía, y no se atrevió á moverse, disculpando su miedo con el mal temporal. De este modo se le iban frustrando al cardenal Alberoni todos sus intentos, sin que bastaran, es verdad, estas desgracias á enfriarle ni á entibiar su ardor.

Abrieron los franceses la campaña, pasando el marqués de Tilly con veinte mil hombres el Bidasoa por cerca de Vera (21 de abril, 1719): tomaron luego el castillo de Behovia, la ermita de San Marcial, Castelfolli y el fuerte de Santa Isabel, y apoderáronse del puerto de Pasajes, quemando los navíos y almacenes de aquel rico astillero. A los pocos días, y cuando llegó el duque de Berwick, ya se hallaban sobre la plaza de Fuenterrabía. Con esta noticia determinó el rey don Felipe salir personalmente á campaña para ponerse á la cabeza de sus tropas, como tenía de costumbre, no sin hacer antes una solemne declaración (27 de abril), de que hizo circular profusión de copias, y en que después de protestar de su entrañable afecto al rey de Francia su sobrino, y de que su objeto era solo libertar aquel reino de la opresión en que le tenía el regente, manifestaba la esperanza que tenía, ó aparentaba tener, de que se le habían de unir las tropas francesas (3). El duque de Orleans respondió á este documento con otro, á nombre del rey, en que á su vez afirmaba que sus tropas no venían á hacer la guerra al rey de España, sino á librar esta nación del yugo de un ministro extranjero, á quien debía imputarse la resistencia de su soberano, las conspiraciones contra la Francia, y los escritos injuriosos á la majestad del rey Cristianísimo.

Mientras estos papeles se cruzaban, Felipe salió de Aranjuez, con la reina, el príncipe de Asturias y el cardenal, y todos pasaron á Navarra, donde se formó con dificultad un ejército de quince mil hombres, cuyo mando se dió al príncipe Pio. Escasas fuerzas eran estas para librar á Fuenterrabía,

(1) San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, part. IV, cap. 34.—Marlés, Continuación de la Historia de Inglaterra, de John Lingard, capítulo 34.

(2) El desgraciado Jacobo III pasó á Santiago de Galicia á visitar el sepulcro del Santo Apóstol. Después de regresar de allí, determinó salir de España, y embarcándose en los Alfaques tomó tierra en Liorna, volviéndose desde allí á Roma, de donde había salido.

(3) «Espero (decía) que las tropas francesas, todas, á mi ejemplo, se unirán á las mías, y que las unas y las otras, animadas del mismo espíritu... etc.»—Declaración del Católico monarca don Felipe V.

donde había llegado otro cuerpo de tropas francesas del Rosellon. Intentábase no obstante Felipe, pero opusieron á ello Alberoni y el príncipe Pio, como empresa arriesgada y difícil, y muy especialmente el cardenal, que no quería le fuera atribuido el mal éxito de ella (4). Empeñóse, sin embargo, el rey en seguir avanzando, confiado en que su presencia produciría deserción en los franceses: mas cuando estaba ya á dos millas de Fuenterrabía, supo que la plaza se había rendido (18 de junio, 1719) después de una regular defensa.

Un cuerpo de franceses, que se embarcó en tres fragatas inglesas, atacó y tomó á Santoña, y quemó unos navíos españoles y los materiales de otros que estaban en construcción. El mariscal de Berwick, rendida Fuenterrabía, mandó combatir la plaza de San Sebastian, que también se entregó con menos resistencia de la que habían esperado los franceses (agosto, 1719): con lo cual terminó la campaña por aquella parte. Las Provincias Vascongadas acordaron prestar obediencia al gobierno francés, á condición de que se les conservaran sus libertades y fueros; proposición que no pareció bien al de Berwick, el cual respondió que aquella guerra no se había emprendido con miras de engrandecimiento, sino solo para obligar al monarca español á hacer la paz (5).

Cosa extraña pareció que después de estos triunfos en Guipúzcoa se moviera Berwick con su ejército hácia el Rosellon, con propósito de hacer otra entrada en España por Cataluña, acaso porque este país le recordaba sus victorias de cuando estuvo al servicio del rey Católico. Felipe se retiró disgustado á la corte (setiembre, 1716), y mandó que el ejército siguiera desde Pamplona el movimiento del enemigo. Hizose, en efecto, la invasión por aquella otra parte del Pirineo; apoderáronse los franceses de Urgel (octubre), y pusieron sitio á Rosas, pero una furiosa borrasca destruyó veintinueve naves de las que habían de servir para aquel sitio (27 de noviembre, 1719); con lo que, después de haber estado diez días á la vista de la plaza, se retiró otra vez el ejército francés al Rosellon, en tan miserable estado, por efecto de la intemperie y de las enfermedades, que todo lo iba dejando por los caminos, como si volviera de una larga y penosa jornada (6), pero confiando el de Berwick en que ya Alberoni quedaría desengañado de la vanidad de sus grandes proyectos.

Había también marchado entre tanto con poca prosperidad para los españoles la guerra de Sicilia. Con la orden que se dió al marqués de Ledesma de que procurara no comprometer las tropas que tenía en aquel reino, y con noticia de que otro cuerpo de doce mil alemanes estaba para llegar en refuerzo de la guarnición de Melazzo, tuvo por prudente abandonar aquellas trincheras (28 de mayo, 1719), y retirarse silenciosamente; pero atacado por dos partes, se vió precisado á hacer una larga marcha hasta Francavilla. Al fin en los campos de esta ciudad tuvo que sostener una reñida batalla campal, la segunda que se daba en Sicilia, con el grueso del ejército alemán, mandado por cuatro de sus mejores generales, el conde de Merzi, el de Walis, el baron de Zumiungen y el de Sken-dorff (20 de junio, 1719). El combate duró todo el día, con alternativas y vicisitudes varias; peleóse de ambos lados bra-

(4) «A mí se me achaca, le decía, cuanto de malo ocurre, y el revés que resultaría de una tentativa de esta naturaleza justificaría todavía mas lo que se dice vulgarmente, que mis proyectos extravagantes no pueden acabar de otro modo, y que nada bueno se puede esperar siguiendo los consejos de un lunático.»—Vida de Alberoni.

(5) Belando, parte IV, caps. 35 y 36.—San Felipe, Comentarios, t. II.—Memorias de Berwick.

(6) «Se miraba toda la tropa tan destruida, dice el P. Belando, que con la deserción, enfermedades, falta de víveres y forrajes, no había batallón ni escuadron que no le faltara mas de la mitad de la gente. Muchos de los soldados hubieron de llevar los caballos de la rienda, porque ya no les quedaba sino la piel y los huesos; y algunos oficiales llegaron á Montalvan á pie, confesando que apenas se hallaba quien llevase las banderas. De manera que el ejército se vió en un extremo tan lastimoso, que si la caballería española le sigue, Berwick y toda su gente hubieran quedado prisioneros.»

Belando escribió esta parte de su historia con los datos que le suministraron las cartas y notas originales de Macanaz, que á la sazón se hallaba en la frontera de Francia, y según correspondencia con el rey, de la cual hemos tenido copia en nuestras manos.

vamente, mas todavía por parte de los españoles, que al fin eran inferiores en número, y obligaron á los imperiales á abandonar el campo; la pérdida fué tambien mayor de parte de estos, que no bajaría de cinco mil hombres, herido el conde de Mercí, y muertos el general Rool y el príncipe de Holstein: murió de los nuestros el teniente general Caracholi y algunos brigadieres, y salió herido, entre otros oficiales de distinción, el teniente general caballero Ledé, hermano del marques generalísimo: mas aunque fué menor nuestra pérdida, la batalla de Francavilla no dejó de ser, como con muchas otras acontece, celebrada como triunfo por unos y otros combatientes, y pintada como favorable á una y otra nación en las respectivas gacetas y papeles alemanes y españoles (1).

A todos admiraba el valor con que los españoles sostenían aquella guerra á tal distancia y sin medios de recibir socorros ni de reemplazar las bajas que sufrían; pues si bien los naturales del país siempre desafectos á los austriacos, y mas irritados con ellos desde que vieron la tiranía con que trataban á los habitantes de la villa de Lipari de que se apoderaron, los hostilizaban rudamente y asesinaban cuantos soldados alemanes podían (2), en cambio el emperador embocaba en Sicilia, bajo la protección de la armada inglesa, cuantas fuerzas le eran menester para oprimir el ya poco numeroso ejército español, menguado además con los destacamentos y guarniciones de las plazas que tenían que conservar. Dejando ya los alemanes las cercanías de Francavilla, pasaron á poner sitio á Mesina, llegando el 20 de julio (1719) á la vista de la plaza despues de una penosa marcha por estrechos y escabrosos caminos. No se descuidó el marqués de Ledé en acudir á su socorro, ni estuvo floja la guarnición en la defensa. Pero faltos de municiones y víveres los que ocupaban los fuertes avanzados, fuéronse los alemanes apoderando de ellos, aunque no sin sangrientos combates, hasta rendir la ciudad, que se entregó al conde de Mercí (8 de agosto), bajo el ofrecimiento, que cumplió, de conceder á los ciudadanos cuanto querían.

Continuó la guarnición de la ciudadela, que mandaba el bizarro don Lúcas Spínola, resistiéndose heroicamente; y entre el fuego de las baterías, y el estruendo y el humo de las minas que reventaban, parecía, valiéndonos de la frase de un escritor de aquella época, que habían formado los de Mesina otro Mongibelo, pues de día y de noche imitaba aquel encendido Etna que no muy léjos tenían. Meses enteros duró aquella resistencia obstinada: intentó el marqués de Ledé atacar á los sitiadores, pero hubo de suspenderlo con noticia de que estaba para desembarcar, como lo hizo (20 de octubre, 1719), otro refuerzo de cerca de diez mil austriacos. Con esto dispuso el conde de Mercí dar un asalto general, que él dirigió personalmente, y aunque fué rechazado con no poco destrozo de sus tropas, comprendió Spínola que no era ya posible llevar mas adelante la defensa, y resolvió la rendición (28 de octubre), con condiciones tan honrosas como era la de salir la guarnición libremente con sus armas y equipajes, banderas desplegadas y tambor batiente, y de ser embarcada para reunirse con el cuerpo del ejército español. Al día siguiente quedaron los alemanes dueños absolutos de Mesina y de su ciudadela.

Despues de descansar unos dias pasaron á Trápani con objeto de hacer levantar el bloqueo que le tenían puesto los españoles. Acampados estaban todavía fuera de la plaza cuando llegó el magistrado de Marsala á ofrecerles la obediencia en nombre de esta ciudad (30 de noviembre, 1719); primera poblacion de Sicilia que voluntariamente se sometió á los austriacos. A poco tiempo ejecutó lo mismo la ciudad de Mazara. Al compás del enemigo se movió tambien el marqués de Ledé con el ejército español, y puso su campo en Castelvetrano, Siaca y otros lugares, donde se defendió el resto del

(1) Belando, Historia civil, part. II, caps. 46 y 47.—San Felipe, Comentarios, tomo II.—Lutzen, Historia de Alemania.—Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos, lib. XII, c. 3.—Gaceta de Madrid de 25 de julio, 1719.—Carta del marqués de Ledé al conde de Montemar, en el campo de Francavilla, tomo de Varios, pág. 94.

(2) Fué esto de tal conformidad, dice un historiador de aquel tiempo, que los hombres mas rústicos y la gente del campo mas inexperta meneaban las armas con tanta destreza como el arado.

invierno; y aunque no dejaron de menudear los combates parciales, pasóse sin notable acontecimiento lo que quedaba de aquel año y hasta apuntar la primavera del siguiente, en que el general español propuso mas de una vez suspension de armas, si bien quedaba siempre sin efecto por algunas condiciones inadmisibles que exigían los alemanes (3).

De todos lados venían nuevas de sucesos desfavorables. En tanto que por allá se perdía Mesina, en Inglaterra se había estado preparando secretamente una expedición, á la cual se daba el nombre de expedición secreta, por el sigilo que se guardaba sobre su objeto y destino, aunque se suponía ser contra España. En efecto, á poco tiempo se vió aparecer sobre la bahía de Vigo una escuadra de ocho navíos de línea, con algunos brulotes y bombardas, unos cuarenta barcos de transporte, y cuatro mil hombres de desembarco (10 de octubre de 1719). La ciudad les fué entregada á los ingleses sin resistencia; la ciudadela á los pocos dias de ataque (21 de octubre): los ingleses quemaron allí los almacenes y pertrechos de las naves destinadas á la expedición de Escocia, y que aquella borrasca de que hablamos obligó á volver á los puertos de Galicia. Alarmóse con esto y se puso en gran cuidado la corte, pero por fortuna no era el ánimo de los expedicionarios internarse; contentáronse con saquear los lugares abiertos de la marina, y se volvieron á embarcar, dando á conocer que habían llevado solamente el propósito de vengar la intentona de los españoles en Escocia.

Para que no faltara contrariedad que no experimentase España en este tiempo, la república de Holanda que se había estado manteniendo neutral, rehusando adherirse á la alianza de las tres grandes potencias, merced á las eficaces gestiones de nuestro embajador marqués de Beretti Landi, y al estímulo de las ventajas comerciales con España y sus colonias que su conducta le valía, dejóse al fin vencer por las instancias y halagos con que acertaron á contentarla y reducirla las cortes de aquellas naciones; y como viese por otra parte los descalabros, contratiempos y adversidades que España estaba experimentando, abandonó su neutralidad, y suscribió al tratado de alianza de otras potencias, que solo entonces llegó á poderse llamar con propiedad de la *cuádruple alianza*; quedando de este modo España, en las circunstancias mas críticas, completamente aislada y sola contra cuatro poderosas naciones de Europa (4).

Tantos malos sucesos habían hecho ya pensar muy seriamente al monarca español en los compromisos tan graves y en los apuros tan terribles en que le había puesto la política de Alberoni, y ya hacia algunas semanas que notaba el cardenal cierta mudanza en el rostro de Felipe y ciertas señales que le significaban el desagrado en que había caído. La reina, en quien buscaba apoyo, se mostraba tambien cansada de sostener á quien había colocado al rey en situaciones y empeños de que no podía salir airoso. Como medio para sostenerse, manifestaba al rey la parte que le convenia de los despachos que se recibían de los ministros en las cortes extranjeras, para lo cual les previno que se los enviaran á él directamente, y no á los secretarios del despacho universal, como en todo Estado y en todo gobierno se practica; y era cosa bien anómala y extraña que los ministros y embajadores hubieran de entenderse oficialmente con quien no tenia carácter de primer ministro, ni otra representacion legal que la que le daba la prianza del monarca y su tácito consentimiento. Y como sospechase que el P. Daubenton, confesor del rey, era uno de los que le informaban del mal estado de la monarquía y de la necesidad de ponerle remedio, discurrió traer á España otro jesuita, muy conocido de la reina, el P. Castro, que se hallaba en Italia hacia muchos años, é introducirle en la gracia de Felipe y derribar de este modo y sacar de España á Daubenton.

Pero todos estos esfuerzos eran ya tardíos. Felipe deseaba la paz, y las potencias aliadas habían significado por medio de sus representantes, y de otros agentes que en las negociacio-

(3) Belando, part. II, caps. 49 al 53.—San Felipe, Comentarios, t. II.

(4) Contentó el gobierno inglés á la Holanda haciendo que el emperador diera cumplimiento al tratado de la Barrera, estipulado en 1715 entre el Imperio y las Provincias-Unidas.

nes intervinieron (1), que no podría hacerse la paz tan deseada de todos, sin la condición de que fuera antes alejado de los consejos del rey, y aun echado de España Alberoni, á cuyo influjo ó manejos atribuían el haberse encendido de nuevo la guerra, y cuyo talento y travesura temían todavía. Y como ya estaba bastante predispuesto el ánimo de Felipe, resolvió deshacerse del cardenal, de la manera como suelen dar estos golpes los reyes. La mañana del 5 de diciembre (1719) salió para el Pardo en compañía de la reina, habiendo dejado por la noche firmado un decreto, que encargó al secretario del despacho don Miguel Fernandez Durán, marqués de Tolosa, notificara á Alberoni, escrito de su puño y letra, que decía:

«DECRETO.—Estando continuamente inclinado á procurar á mis súbditos los beneficios de una paz general, trabajando hasta este punto para llegar á los tratados honrosos y convenientes que pueden ser duraderos, y queriendo con esta mira quitar todos los obstáculos que puedan ocasionar la menor tardanza á una obra de la cual depende tanto el bien público, como asimismo por otras justas razones, he juzgado á propósito el alejar al cardenal Alberoni de los negocios de que tenia el manejo, y al mismo tiempo darle, como lo hago, mi real orden para que se retire de Madrid en el término de ocho dias, y del reino en el de tres semanas, con prohibición de que no se emplee mas en cosa alguna del gobierno, ni de comparecer en la corte, ni en otro lugar donde yo, la reina, ó cualquier príncipe de mi real casa se pudiese hallar.»

Golpe fué este que hirió como un rayo al purpurado personaje. Pidió que se le permitiera ver una vez al rey ó á la reina, y le fué negado. Concediósele solamente escribir una carta, que no produjo efecto alguno. Ordenósele hacer entrega de todos los papeles que tenia, pero la hizo solo de los mas inútiles é insustanciales, reservando los que podían convenirle para sus ulteriores fines, y los que encerraban secretos de Estado. En cumplimiento pues del real decreto salió Alberoni de Madrid (12 de diciembre, 1719) con decorosa escolta de soldados, dirigiéndose á Génova por Aragon, Cataluña y Francia. En Lérida le alcanzó un oficial, que de órden del rey le pidió las llaves de sus cofres para buscar unos papeles que no se encontraban; él las entregó é hizo pedazos delante del oficial una letra de cambio de veinticinco mil doblones que llevaba consigo. Hecho el escrutinio de los papeles, no se hallaron los mas esenciales que se andaban buscando. Los catalanes no olvidaban que durante su ministerio había sido sometida Barcelona, y antes de llegar á Gerona fué acometido por una partida de miqueletes, que le mataron un criado y dos soldados; salvóse él, merced á la buena escolta que llevaba, y á un disfraz con que pudo entrar en Gerona á pié. Entró en Francia y cruzó el Languedoc y la Provenza con pasaporte del duque regente, y se embarcó en Antibes para Génova (2).

La caída de Alberoni es otro de los innumerables ejemplos del término que suelen tener las privanzas con los príncipes. De ella se recogieron unos, celebrando como uno de los dias mas felices aquel en que le vieron salir de España; lamentá-

(1) Era uno de estos el marqués Anibal Scotti, que había sido enviado á Madrid con este objeto por el duque de Parma, el cual lo hizo instigado y ganado por el lord Peterborough. El Scotti pasó á Paris, so pretexto de seguir de allí á Bruselas para conferenciar con nuestro embajador en Holanda. Pero detenido en aquella ciudad con achaque de los pasaportes, el duque de Orleans, á quien los soberanos aliados habían encomendado la ejecución del plan contra Alberoni, acordó con Scotti lo que había de informar á los reyes de España para llevar adelante la negociacion. El marqués volvió á Madrid, y habló privada y secretamente con los reyes, informándoles de los desos y de las proposiciones de los soberanos de Austria, Francia é Inglaterra.

Algunos escritores de memorias secretas añaden que esta conferencia la logró Scotti por mediacion de una azafata de la reina llamada Laura Piscattori, que había sido su nodriza, y aun bautizada en la misma parroquia de Alberoni, la cual era enemiga del cardenal y solía leer á la reina las coplas satíricas y mordaces que se escribían ya contra el privado.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, Historia civil, part. IV, capítulo 37.—Correspondencia de Stanhope con Dubois: Papeles de Hardwick.—San Simon, Memorias.—Duclos, Memorias secretas de los reinados de Luis XIV y Luis XV.

(2) Historia del cardenal Alberoni.—Duclos Memorias secretas.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, part. IV, cap. 37.

ronla otros muchos, pregonando que con él habían perdido el monarca y la monarquía uno de los mejores ministros que se habían conocido. «Y no se le puede negar la gloria, dice un escritor, que en verdad no era apasionado suyo, de que los tres enemigos irreconciliables de España, el emperador, el duque de Orleans y la Inglaterra se conjuraron para sacar de España á este hombre.» Diversos y muy encontrados juicios se han formado sobre este célebre personaje; nosotros emitiremos tambien el nuestro cuando juzguemos á los hombres importantes de este reinado. Por ahora anticiparemos solamente que un contemporáneo suyo, y de los que le trataron con mas severidad, no pudo menos de decir de él estas palabras:

«Arrancada de las manos del pontífice la apetecida púrpura, soltó las riendas á sus ideas, encaminadas todas á adquirirse gloria; *bien es verdad que no ganó poca* en su tiempo la nacion española, ni poco crédito las armas del rey (3).» Y otro de sus mayores adversarios y que no le ha tratado con indulgencia, escribió tambien:

«La España caminaba á su ruina, porque, aunque la tiranía Alberoni, al fin la puso en paraje de dar la ley á la Europa (4).»

(3) El marqués de San Felipe, Comentarios, tom. II, pág. 200.

(4) Macanaz, Memorias para la historia del gobierno de España, MS. tomo I, pág. 160.

Si siguiendo el sistema que nos hemos propuesto respecto á los personajes extranjeros que han ejercido grande influjo en el gobierno y en los destinos de España, y despues han salido del reino para no volver mas á él, daremos una breve noticia de su azarosa vida desde que salió destruido de nuestra península.

Embarcado, como dijimos, en el pequeño puerto de Antibes en una fragata que le envió la república de Génova, tomó tierra en un pueblo de aquella señoría llamado Sestri á Levante. Allí se encontró ya con una carta del duque de Parma prohibiéndole la entrada en sus Estados, y con otra del cardenal Paulucci, secretario de Estado del papa Clemente XI, que no le permitía dudar del enojo que contra él abrigaba el pontífice, con cuyo motivo suspendió su viaje, quedóse en Sestri, y receloso de todos puso en seguridad sus papeles y todo lo de mas precio que tenia. Los reyes de España le culpaban de todos los desastres de la guerra, y con un encono que contrastaba con el extremado cariño de antes, recomendaron á los ministros de las potencias aliadas excitar al pontífice á que le despojara de la púrpura y le hiciera encerrar para siempre en una fortaleza. El papa por medio del cardenal Imperiali pidió á la república de Génova su arresto, diciendo que su prision importaba mucho á la Iglesia, á la Santa Sede, al Sacro Colegio, á la religion católica, y á toda la república cristiana, á cuyo efecto presentaba contra él diez capítulos de acusacion, á saber:—que había engañado al papa, obligándole con malas artes á darle el capelo:—que había atacado la autoridad de la Santa Sede de un modo inaudito:—que había apartado la corte de España de la obediencia á la Santa Sede:—que había turbado el reposo público de Europa:—que era el autor de una guerra impía:—que había sido fautor del turco:—usurpador de bienes eclesiásticos:—violador de los breves pontificios:—enemigo implacable de Roma: y por último, que había abusado inicuaamente de la firma del rey de España.

El senado de la república, que antes de ver los capítulos había determinado que Alberoni permaneciese arrestado en su casa de Sestri, vistos despues los cargos, y no considerándolos bastante probados para violar la hospitalidad y el derecho de gentes, puso en libertad al cardenal, bien que no permitiéndole permanecer en sus Estados, y escribiendo al pontífice una respetuosa carta, en que explicaba los motivos de esta resolucion. El marqués de San Felipe, embajador de España en Génova, y autor de los Comentarios que tantas veces hemos citado en nuestra Historia, trabajó cuanto pudo, aunque inútilmente, para que no se le restituyese la libertad, y Génova con esta generosa conducta se indispuso con Roma, con España y con las potencias aliadas.

Alberoni, durante su permanencia en Sestri, escribió varias cartas en justificacion de los cargos que se le hacían; en ellas negaba haber sido el autor de la guerra, y probáballo con su carta escrita al duque de Pópoli, de que hemos hecho mérito en la Historia, y apelaba al testimonio del nuncio Aldobrandi y del mismo rey don Felipe, que decía haber sido el motor de la guerra, contra el dictámen, y aun con manifiesta desaprobacion del cardenal. Por este órden iba contestando á los demás capítulos. A estas cartas que el secretario Paulucci presentó á S. S., respondió el pontífice, copiando párrafos de otras del rey Felipe y de su confesor Daubenton, enviadas indudablemente por estos, de que resultaba que la expulsion del nuncio de España y la salida de los españoles de Roma habían sido mandadas sin órden ni noticia del rey; y con respecto á la guerra, había una de Alberoni al marqués de Beretti Landi, en que despues de ex-